

HAROLD ACTON

# Florenxia

y las villas toscanas



A principios del siglo xx, Florencia era la única ciudad italiana con un fuerte acento inglés. El primer capítulo de una guía de entonces está cuajado de nombres de banqueros, hoteles, pensiones, boticas, librerías, dentistas e incluso artistas ingleses —W. Spence, H. Teague y W. Gould—. Para tomar un té, al lector se le aconsejaba acercarse a las señoritas Macaulay, cerca del gabinete Vieusseux. Estos lugares de esparcimiento ya han desaparecido, junto a los nombres originales de sus calles y plazas. Cuando los hermanos Goncourt llegaron en el otoño de 1855 exclamaron: «*Ville toute anglaise!*», en donde todos los palacios tienen casi la misma lúgubre oscuridad de Londres y todo parece destinado a los ingleses, especialmente el *Tuscan Monitor* (sic), que solamente comentaba los asuntos de Gran Bretaña. Aprovecharon para disertar acerca de la herencia común latina y las buenas razones de un entendimiento francoi-

taliano con un astuto abogado florentino. Pero este sonrió irónicamente y después replicó: «Me temo que se están haciendo muchas ilusiones... Para probarlo, en el primer salón que entremos en el que haya un inglés y un francés, si llegara un italiano, podemos tener la seguridad de que se aproximará al inglés instintivamente».

La comunidad inglesa en Florencia se había multiplicado por dos desde el Congreso de Viena, y el término *inglese* se aplicaba a los extranjeros en general. Un portero de hotel diría en recepción: «Han llegado unos *inglesi*, pero no puedo decirle si son alemanes o rusos». En 1825, Leigh Hunt escribió que «Florencia tenía muchas ventajas: más libros, más obras de arte, más recuerdos ilustres y un gran número de ingleses, por lo que uno podría habitar, por así decirlo, en Inglaterra e Italia al mismo tiempo». Unas doscientas familias inglesas vivían en Florencia entonces y, consecuentemente, se quiso publicar una revista para ellas. En abril de 1833, Emerson confió en su periódico: «Es agradable ver cómo todos los artistas que han residido aquí, aunque sea durante poco tiempo, hablan de tener una casa en Florencia. Y pienso que se vive aquí mejor que en Roma o en Nápoles. Buenas calles, una población trabajadora,

alojamientos espaciosos y bien amueblados, cafés elegantes y nada caros. La catedral, el Campanile, las espléndidas galerías de arte y la ausencia de mendigos convierten a esta ciudad en la favorita de los extranjeros».

La revolución industrial incrementó el número de viajeros, y muchos decidieron establecerse aquí. Los más famosos fueron los poetas, los novelistas y los pintores, que siguieron la estela de los Browning. De hecho, difícilmente se puede pensar en la Florenxia de mediados de la era victoriana sin referirse a esta pareja romántica, cuyos escritos sirvieron de auténtica y elocuente propaganda para la causa de la independencia italiana. Cuando compuso «The Italian in England» («Estrangularía a Metternich hasta / sentir su sangre roja resbalar por su cuello / entre estas dos manos...»), Browning estaba evidentemente influenciado por Mazzini, a quien tradujo. Pero, como propagandista, Elizabeth sobrepasó a su marido con obras como *Poems before Congress* y *Casa Guidi Windows*. Como la *signora* Artom Treves escribió en su seminal libro *The Golden Ring: The Anglo-Florentines, 1847-1862*: «Hay un cierto paralelismo entre una mujer apasionada, prisionera de su frágil salud, y tiranizada por su padre, que era el prototipo

de una despótica familia victoriana, y la Italia en la que en aquellos años se estaba restaurando la vida y la libertad».

La señora Browning adoraba a Cavour; Jessie White Mario idolatraba a Mazzini y siguió las campañas de Garibaldi ejerciendo como enfermera; Margaret Fuller Ossoli, «la yanqui Corinne», fue igualmente devota de Mazzini, que la describió como «una de la mujeres más excepcionales, por su amor y simpatía por todo lo que es bello, grande y santo, y por ello, por nuestra Italia».

Aunque Ruskin mostró menos interés por el *Risorgimento*, su influencia estética sobre los Browning se reflejó en el laberíntico poema de Robert *Old Pictures in Florence*:

Pero de cualquier manera he amado la estación  
del nacimiento primaveral del Arte  
tan delicado y fresco;  
mi escultor es Nicolás Pisano;  
mi pintor, ¿quién sino Cimabue?  
No ha habido un hombre entre ellos, verdaderamente,  
de Ghiberti a Ghirlandaio,  
del que se pueda decir que ha escapado a mi crítica.

Ruskin, que nunca se estableció en Florencia, cambió totalmente la actitud de los visitantes hacia

las bellas artes que venían a ver. «¡Qué obispo se han perdido!», solía suspirar su padre, y podía decirse en verdad que parecía un obispo del gusto estético, pues predicaba que el arte nunca podría divorciarse del cristianismo, que «las cosas hechas correctamente y con gracia están siempre hechas por la inspiración y la ayuda de Dios». Para él la gracia y la pureza de Giotto y la originalidad de los prerrafaelitas, los llamados Primitivos, se evaporaron con el Renacimiento, que consideró como el triunfo de lo mundano, la decadencia y la prostitución. Esto era poco lógico, pues mientras condenaba a Palladio, admiraba al Veronés y a Tintoretto, que eran seguramente productos consumados del alto Renacimiento. Y, además, Florenxia fue el lugar donde nació lo que nosotros entendemos por Renacimiento, pues fue Filippo Brunelleschi quien revivió el espíritu de la arquitectura de Grecia y Roma, y Cosme de Medici, *pater patriae*, quien reconoció su genio, aunque escogió a Michelozzo, que lo había acompañado en el exilio, para que diseñara su palacio privado. Una galaxia de arquitectos florentinos fueron imbuidos por el refinamiento de Brunelleschi, e impusieron el carácter de los edificios florentinos que Ruskin consideraba lúgubres, aunque hacía una excepción con la obra rústica del Palazzo

Pitti, «hermano del alma de la montaña de la cual es inquilino».

Leyenda y tradición se funden en la atribución del origen de Florencia a la etrusca Fiéssole, elevada sobre una colina al noroeste. Después de soportar un severo asedio, Fiéssole se vio obligada a rendirse a los invasores romanos liderados por Julio César, que la destruyó para construir una nueva ciudad, Florentia, en el valle del Arno, hacia el año 59 a. C. Las excavaciones muestran que fue el típico *castrum* o ciudad-guarnición, y los restos de la ciudad medieval siguen las líneas de la ciudad romana, incluyendo el foro, un templo de Marte, baños públicos y un anfiteatro. Algunos hacen derivar el nombre de Florencia de un general, Florinus, muerto durante el sitio de Fiéssole; otros de *Fluentia*, confluencia de los ríos Arno y Mugnone. Pero la tradición popular es la más poética: Florencia es la ciudad de las flores y su catedral es conocida como Santa María del Fiore, pues la *Iris Florentia* es el emblema de la Virgen Bendita, y ha permanecido como escudo heráldico de la ciudad.

Los mitos prevalecieron durante los diez primeros siglos de la era cristiana. Los nombres de invasores bárbaros como Rhadagisius y Totila



están entre los más conocidos, y ninguna crónica antigua estaría completa sin el nombre de Carlomagno, de quien se dice que reconstruyó la ciudad arruinada en el año 786; pero son los milagros de algunos santos los celebrados en vívidas escenas por los primeros pintores florentinos. Una columna junto al Baptisterio evoca la leyenda del obispo Zenobio, del siglo v, cuyo ataúd tocó de refilón un olmo seco que hizo reverdecer. A San Miniato se le conmemora con una sublime basílica románica del siglo xi que domina la ciudad desde el sur. Se dice de él que fue un príncipe armenio martirizado por el emperador Decio en el año 254. Después de ser decapitado, subió por la colina llevando su cabeza entre las manos y fue enterrado en un viejo oratorio; todo esto nos recuerda la famosa frase que *madame du Deffand* dijo al prelado cuando le contaba que san Dionisio Areopagita anduvo con su cabeza debajo del brazo todo el camino de Montmartre hasta la iglesia de Saint-Denis, a unas seis millas de distancia: «*Ah, Monseigneur! Dans une telle situation il n'y a que le premier pas qui coûte*». [¡Ah, señor mío! En una situación como esa lo único que cuesta es dar el primer paso].